

no se construyó de un día para el otro. Es pertinente, entonces, preguntarnos cómo se llegó a la actual situación que en muchos casos pone en juego la mera subsistencia de la izquierda tradicional como estructura política relevante. Después de todo, las fuerzas originales de la Segunda Internacional (aquella que unió las primeras fuerzas socialistas de masas en la Europa de fines del siglo XIX) fueron arquitectas centrales del estado de bienestar más extendido y del capitalismo más justo que conoció el mundo en el siglo XX.

¿Cómo fue, entonces, la transición de los partidos del compinche de Engels y teórico del SPD alemán, Karl Kautsky, de los socialistas fabianos ingleses, del republicano y revolucionario Largo Caballero y de Jean

El origen de la claudicación de la izquierda tradicional europea hay que buscarlo en una decisión consciente y deliberada de sus políticos en el cambio de siglo: aceptar, cuando no impulsar, una arquitectura europea supranacional que terminó socavando cualquier base de autonomía en las políticas públicas de los estados, hasta hacer casi imposible cualquier defensa de la política frente a los mercados.

Jaurés, a los partidos del actual empresario del gigante energético Gazprom Gerhard Schröder; del impulsor de la invasión a Irak y lobista de Israel Tony Blair, del lobista de los grandes grupos empresarios españoles Felipe González, o del director del FMI Strauss Kahn, aportado por las filas de los socialistas franceses? Por supuesto, ya en la posguerra, Willy Brandt, Olof Palme, Enrico Berlinguer o François Mitterrand habían relegado las banderas de la revolución o la construcción del socialismo al menos en el mediano plazo. Pero nunca se convirtieron en lobistas de las grandes multinacionales o en cuadros de las organizaciones del *establishment* financiero internacional ¿Qué pasó en el medio?

En esta nota me propongo hacer un recorrido para analizar la trayectoria histórica socialdemócrata hacia el hun-

dimiento en la Europa del desempleo. La tesis que intento defender es simple: no hay que buscar en los factores estructurales o culturales alguna vez pensados, como la desestructuración de la clase obrera, la crisis de los modos de producción fordistas o en la caída del muro, la causa central de la claudicación de la izquierda tradicional europea. Las históricas fuerzas de la Segunda Internacional habían capeado relativamente bien esos temporales en el último cuarto del siglo XX. El origen hay que buscarlo, más



bien, en una *decisión consciente y deliberada* de sus políticos en el cambio de siglo: aceptar, cuando no impulsar, una arquitectura europea supranacional que terminó socavando cualquier base de autonomía en las políticas públicas de los estados hasta hacer casi imposible cualquier defensa de la política frente a los mercados. Los líderes socialdemócratas europeos apostaron a una cuadratura del círculo: abonar una integración económica en clave neoliberal que fue quitando herramientas de política a los estados (especialmente en el plano fiscal, cambiario y monetario), a la vez que proclamaban proteger la Europa social. Todo indica que salió mal. El problema está menos relacionado con los trabajadores de cuello blanco y la heterogeneidad de la clase obrera, con las formas de producción posfordista, las demandas sociales posmateriales, el auge de la ecología, con la internacionalización financiera en sí misma, y más relacionado con una elección de políticas de integración económica al calor de la presión de actores, ideologías e instituciones de corte neoliberal.

De la revolución a la estabilización capitalista

La socialdemocracia europea nació como una fuerza revolucionaria. Más allá de las ambigüedades de Marx respecto de la cuestión electoral, para los líderes de la Segunda Internacional, la construcción del socialismo nunca estuvo en cuestión. Es decir, no se la vio como contradictoria con la vía de la democracia parlamentaria. Karl Kautsky o Jean Jaurés creían en la inevitable polarización final entre una clase obrera mayoritaria y una minoría de capitalistas. Incluso las reformas que empezaban a perfilar el futuro estado de bienestar y mejoraban la calidad de vida de los trabajadores, en el final del siglo XIX y los primeros años del siglo XX, no eran tomadas como “reformismo”, sino más bien como pasos en una gradual pero inexorable transición al socialismo. La polémica entre Lenin y los “revisionistas” occidentales era esencialmente sobre el método, no sobre el puerto de llegada final.

Después, en las primeras décadas del siglo XX ocurrió lo que Adam Przeworski explica en sus libros clásicos sobre la historia del socialismo¹: estructuralmente, la clase proletaria nunca se transformó en mayoría y los socialistas, aun en sus bastiones, orillaron a lo sumo el 50% del electorado. Entonces, las respuestas a los imperativos de la política fueron las

1 Ver especialmente *Paper Stones: A History of Electoral Socialism*, Cambridge University Press, 1985, y *Capitalismo y Socialdemocracia*, Alianza, 1991.



alianzas, especialmente con los partidos de la pequeña burguesía campesina. En ese contexto, el apelativo de clase se transforma en el de “pueblo” y la concesión a los aliados, por ejemplo, el respeto de ciertos aspectos de la propiedad privada, en una necesidad. Allí donde armó alianzas estables con la pequeña burguesía campesina, como en los países nórdicos (o, a su manera, el New Deal norteamericano), la socialdemocracia triunfó. Allí donde no lo hizo, como en Italia, España y Alemania, se consolidó el fascismo. Saltsjobadem, el suburbio de Estocolmo donde los otrora revolucionarios suecos, aliados con el partido campesino, pactan en 1938 con la clase empresaria una economía abierta que respete la propiedad privada, sostenga los precios agrarios, pero también el pleno empleo y las políticas sociales de bienestar; y Bad Godesberg, la ciudad alemana donde el SPD, en su congreso de 1959, entierra las metas revolucionarias para adoptar la reforma dentro del capitalismo, son los dos mojones en la conformación de lo que sería la socialdemocracia moderna.

Sin embargo, la edad de oro de la socialdemocracia europea en el plano electoral va a llegar a inicios de los años 70 en el momento de la gran crisis del capitalismo de posguerra. A los bastiones nórdicos se agrega la hegemonía en países como Austria, Alemania y Gran Bretaña. Especialmente en los primeros casos, y merced al control de sus sindicatos “hermanos”, los gobiernos socialdemócratas en medio de la crisis de petróleo logran estabilizar las economías y consiguen mejores combinaciones de desempleo e inflación, a la vez que apuntalan su gran logro de la posguerra: el estado de bienestar extendido, en sus tres facetas esenciales de políticas de jubilación, salud y empleo.

Las transformaciones de los años 80 y 90, ¿el pecado original?

En ascenso del neoconservadurismo de Reagan y Thatcher en los años 80, con su componente de privatizaciones, desregulación financiera y suba de tasas, parecía poner en jaque la famosa “edad de oro” socialista de posguerra. Sin embargo, lo que ocurrió fue una suerte de “trasvasamiento electoral”: mientras la socialdemocracia del norte europeo naufragaba en Alemania, donde la caída del SPD anunciaba la larga hegemonía de la CDU de Kohl, y en Gran Bretaña los laboristas eran arrasados por Thatcher, en el sur de Europa, en la Francia de Mitterrand, en la España de Felipe González y en la Portugal de Soares, el socialismo democrático tomaba el gobierno después de su ostracismo de posguerra. La explicación había que buscarla en factores estructurales, además de en los nuevos liderazgos. Los



gobiernos socialdemócratas del norte sucumbían en el “fuego amigo” de las demandas y las huelgas de los sindicatos aliados que ya no podían ser contenidas por políticas de ingresos concertadas en contextos de fugas de capitales, mayor apertura y desregulación financiera. Los partidos socialistas del sur de Europa, en cambio, mucho menos ligados históricamente e institucionalmente a los sindicatos, proponían una nueva estrategia: políticas monetarias y de ingresos unilaterales (cuando no directamente antisindicales) mientras seguían manteniendo la impronta de apoyo al estado de bienestar. Comenzaban a aparecer en el discurso socialista, además, las “políticas del lado de la oferta”, es decir aquellas que hacen más atractiva la inversión empresarial, en el lugar del discurso tradicional keynesiano por el lado de la demanda. Quienes respaldaban esta vía política o intelectualmente sostenían que seguía habiendo una identidad socialdemócrata más allá de la política de ingresos y el apoyo a los sindicatos, que consistía precisamente en mayores impuestos para financiar el estado de bienestar y el mayor gasto público en infraestructura y educación para sostener la inversión.

La socialdemocracia que retoma el poder en los años 90, de la mano de Tony Blair en Gran Bretaña y Gerhard Schröder en Alemania toma la posta de sus contrapartes del sur. La flexibilización laboral y la descentralización de la política de ingresos conviven con la apertura, la integración financiera en Europa y el auge de la llamada “tercera vía”. Como señala Kitschelt en otro libro clásico,² en los años 90, la socialdemocracia consolida su mutación en las políticas, pero, contra lo que aventuraban muchos autores a izquierda y derecha en la literatura de los años 70 sobre la “crisis fiscal del Estado”, la vieja familia de la Segunda Internacional emergió de todas formas como una fuerza electoralmente saludable en la Europa del fin de siglo. La socialdemocracia podía mostrar su apoyo al estado de bienestar después de la tormenta neoconservadora, y a ello le agregaba la seducción de nuevos grupos (trabajadores de cuello blanco en el Estado, o los grupos feministas) y su cambio de discurso para hacerse eco de las demandas posmateriales como la ecología o el género. Los socialdemócratas ya no eran el partido de masas uniforme de los trabajadores manuales fordistas que alumbraron los padres fundadores señalados mas arriba pero, para muchos, aún conservaban una base de ideas, de políticas públicas y electorales definidas, y seguían erigiéndose como el fiel de la balanza en la política europea.

2 *The Transformation of European Social Democracy*, Cambridge University Press, 1994. Una versión menos sofisticada en esta perspectiva es la de Anthony Giddens, *La tercera vía*, Taurus, 1999.



Por abajo de esas transformaciones estructurales y electorales se incubaba, no obstante, otra realidad que los socialistas reconvertidos empujaban ferrocamente, aunque no siempre a la luz del día: una integración europea en clave financiera y decididamente neoliberal. La institución política principal en ese proceso de integración, cuyos hitos principales fueron el Acta Única Europea de 1985, el Tratado de Maastricht de 1992 y la integración en el Euro de 1999, no fue el Parlamento Europeo o ni siquiera el Consejo de (Primeros) Ministros, donde mal o bien los grandes partidos socialistas estaban más directamente representados, sino la Comisión Europea y sus distintos “comisariados” o ministerios. La Comisión y sus comisariados son los órganos menos electivos de la Unión; su presidente es en teoría elegido por el Parlamento Europeo, pero los nombres nunca salen de acuerdos de “consenso” dentro de una tecnocracia europea casi desconocida para la población de los estados nacionales. La Comisión fue paulatinamente colonizada por tecnócratas universitarios muy ligados a la gran empresa y educados en el liberalismo económico dominante en el sistema universitario del primer mundo, y acometió una tarea desreguladora en los diferentes sectores económicos, en marco de una burocracia muy alejada de cualquier proceso político popular a nivel continental o nacional. Como sostiene Nicolas Jabko, la Comisión “inventó”³ la bandera de la desregulación de mercado como la fórmula e idea fuerza para la integración europea. Todo ante la mirada de una socialdemocracia encandilada por la “tercera vía” que o dejó hacer, o directamente se convirtió en cómplice del desmantelamiento de la capacidad de regulación pública de los diferentes mercados.

El actual callejón sin salida

Por supuesto, primero vino la euforia en el cambio de siglo. Las victorias socialdemócratas de Blair, Schröder o Jospin coincidieron con un boom económico potenciado por la inversión financiera y la baja de tasas que trajo el euro, sumado al momento de liquidez internacional originado en las políticas monetarias de los emergentes como China. Europa se ampliaba hacia el este y los tradicionales diarios “progresistas” como *Le Monde* o *El País* saludaban la convergencia hacia el mercado de la Europa ilustrada, a la vez que esos mismos medios protagonizaban una monumental concentración empresarial. La Europa a la vez liberal y social se encarnaba en el nacimiento del euro.

3 Nicolas Jabko, *Playing the Market*, Cornell University Press, 2006.



Sin embargo, hacia 2008, la crisis de las hipotecas *subprime*, la caída de Lehman, la consiguiente suba de las tasas de interés y la especulación inmobiliaria y financiera marcaron el fin de la fiesta de la deuda. La crisis y la lenta deflación mostraron al rey desnudo: estados incapaces de recurrir a la política monetaria o cambiaria en el marco de la integración en un euro fuerte, una política fiscal diezmada por la crisis de la deuda soberana, una base industrial trasladada a los países del este con salarios más bajos. La crisis no hizo más que poner la ingenuidad de la izquierda europea frente a su espejo: la Europa social y la integración en clave neoliberal ahora no parecen entrar en el mismo barco. Una integración que fue sólo económica y nunca política: un BCE poderoso y colonizado por la ortodoxia alemana combinado con órganos políticos de la Unión anémicos para impulsar cualquier política fiscal común. Ni siquiera capaces de impulsar políticamente medidas más modestas como el lanzamiento de un bono europeo. Los últimos rescates en Grecia y España o la crisis del euro en junio-agosto de 2012 reflejan la verdadera naturaleza de la política europea actual: los socialdemócratas europeos apoyando el ajuste que impone la troika en Grecia, o implorando a Alemania y al BCE que intervenga en el último minuto para salvar el euro mediante el “rescate” a la banca española y la promesa de recompra de los bonos hundidos de los países del sur. Pero mayores estímulos monetarios a la demanda o alguna política fiscal concertada brillan por su ausencia.

Irónicamente, Estados Unidos, país en cuyo casino financiero se originara la crisis, mostró mas herramientas políticas para salir de ella: los paquetes de estímulo de Obama, su intervención directa en varias empresas y bancos quebrados y su política monetaria expansiva suenan a keynesianismo al lado del la ortodoxia del BCE de los últimos años. Es necesario, sin embargo, eludir visiones conspirativas y pensar que había otras salidas posibles. Por ejemplo, una integración económica sin moneda común y más parecida al viejo Sistema Monetario Europeo, donde los países retienen sus monedas y pueden corregir su valor. O pensar que un mayor control a los capitales especulativos o al *dumping* social en el este, junto con una integración política capaz de contrapesar el poder de

La crisis no hizo más que poner la ingenuidad de la izquierda europea frente a su espejo: la Europa social y la integración en clave neoliberal ahora no parecen entrar en el mismo barco.



países individuales como Alemania, no implicaba una utopía. En definitiva, conservar cierta capacidad y autonomía de política económica en los estados nacionales parece ser un requisito no sólo en la América Latina de la última década, donde fue y es inherente a la capacidad de la izquierda y las fuerzas nacional populares de cuestionar el poder del centro capitalista, sino también en los países europeos que no quieran ser víctimas de la ortodoxia del BCE hegemonizado por Alemania. No en vano, países que quedaron fuera del euro, como Gran Bretaña o Suecia, atraviesan mejor la crisis de los últimos años, con casi dos puntos de crecimiento del PBI en 2013 frente al nulo o negativo crecimiento de Francia y el resto de los países del sur de Europa.

Conservar cierta capacidad y autonomía de política económica en los estados nacionales parece ser un requisito no sólo en la América Latina de la última década, sino también en los países europeos que no quieran ser víctimas de la ortodoxia del BCE hegemonizado por Alemania.

En resumen, en medio de esta orfandad de herramientas de política económica, la socialdemocracia parece haber colapsado. Ya no puede mostrar ni siquiera su vocación de sostener el estado de bienestar o un mayor gasto fiscal en “las políticas del lado de la oferta” que parecían ser las banderas de fin de siglo. Su base social en las clases populares, que sufre los estragos del desempleo, muta a la derecha más reaccionaria. Las políticas culturalmente más progresistas o de género pueden ser representadas por partidos liberales como el FDP alemán o los liberaldemócratas ingleses. Naturalmente, la historia nunca está escrita: el ciclo económico europeo puede resurgir, y con él los partidos tradicionales que sostienen el *establishment* europeísta, que es, al fin y al cabo, el único rol que tiene la socialdemocracia hoy. No obstante, si la crisis y el desempleo persisten y se consolida esta década perdida en el viejo continente, si los líderes socialdemócratas con-

tinúan mimetizándose con el liberalismo de la tecnocracia europea, y más aún, con su clase empresarial, una tradición partidaria que fundaron pensadores como Kautsky y Gramsci puede marchar definitivamente hacia la irrelevancia o el ocaso. ●





La agenda de los procesos transformadores para los próximos años.

Sudamérica se ha convertido en la región más dinámica en la exploración de alternativas posneoliberales con un sentido de reparación social y afirmación de la soberanía nacional de sus países. El proceso de ascenso y consolidación de fuerzas populares en el gobierno de varios de sus países traspasa en su importancia los límites geográficos y proyecta su influencia mundial en el contexto de la crisis del capitalismo global. Sin embargo, viejos y nuevos problemas envuelven estas experiencias políticas en una creciente complejidad. Los gobiernos populares enfrentan el desafío de actualizar sus propuestas transformadoras en medio de las dificultades propias de la crisis mundial y de los propios límites de su estructura productiva que sobreviven a los evidentes cambios de rumbo de la última década. De diferentes maneras, estos proyectos afrontan el doble desafío de mantener vivas y activas las fuerzas y los valores que alentaron la transformación y, al mismo tiempo, asegurar relaciones de fuerza y condiciones económicas y sociales que hagan viable el rumbo emprendido.

REGIÓN



REGIÓN

Algunas reflexiones sobre izquierda y democracia a la luz de los procesos populares en América Latina¹

por **Mario Toer, Federico Montero y Santiago Barassi**

Los autores realizan un balance de los procesos políticos transformadores en la región. Señalan dos denominadores comunes de los distintos gobiernos, la construcción de una perspectiva “huérfana” de modelos preestablecidos en los países centrales y la formulación de un horizonte político basado en la ampliación de la democracia.

Transcurrida ya más de una década de gobiernos posneoliberales en la región, un tiempo de necesarios balances y evaluación de nuevos desafíos se abre en torno a estas novedosas experiencias. A diferencia de décadas anteriores, el siglo XXI encontró a la izquierda latinoamericana sin recetas, libretos o programas definidos que pudieran orientar la práctica de fuerzas potencialmente contrahegemónicas en la región. Esta orfandad teórico-política reactualizó la pertinencia de la célebre proclama del venezolano Simón Rodríguez, “o inventamos o erramos”, dando lugar, consecuentemente, a una búsqueda que debió partir de una variedad de postulados, la más de las veces eclécticos, propios de la heterogeneidad de liderazgos y fuerzas políticas que fueron irrumpiendo en la escena actual.

Más allá de la diversidad de sus políticas y modos de impulsarlas, el proyecto de integración y transformación en curso indica que, en ciertos planos relevantes, se ha ido fraguando una lógica común en la cual

¹ Este artículo está basado en las reflexiones publicadas en la ponencia “La profundización de la democracia en los procesos Nacional Populares en América Latina” presentada en el 11° Congreso Nacional de Ciencia Política, Paraná, Argentina.